



REVISTA ÚRSULA

Ecofeminismo y feminismo rural en *Tierra de mujeres* de María Sánchez

Ecofeminism and rural feminism in *Tierra de mujeres* by María Sánchez

Rosa María Berbel García

(Universidad de Granada)

rosaberbel@correo.ugr.es

RESUMEN: El creciente interés en el cruce entre los estudios de género y el desarrollo rural sostenible está generando una nueva constelación de prácticas creativas. En este sentido, el ecofeminismo, como categoría de pensamiento interseccional, se ha convertido en una herramienta fundamental de comprensión de la historia, extendiendo sus límites hacia otros campos del conocimiento. Estas lecturas adquieren protagonismo en el ensayo autobiográfico *Tierra de mujeres* de María Sánchez, que ha alentado el debate sobre el feminismo rural y sobre las formas tradicionales de representación de lo femenino. Así, el presente artículo plantea un acercamiento al pensamiento ecofeminista en su obra, a partir de la incorporación de la ética del cuidado, la creación de redes de afecto y el rechazo de las epistemologías hegemónicas urbanas y androcéntricas.

PALABRAS CLAVE: ecofeminismo, feminismo rural, ecocrítica, literatura feminista, ensayo autobiográfico.

ABSTRACT: The increasing interest in the dialogue between gender studies and sustainable rural development is producing a new constellation of creative practices. In this regard, the ecofeminism, as a category of intersectional thinking, has become a fundamental tool to understand the history and has expanded its borders to other fields of knowledge. These ideas are central in the autobiographical essay *Tierra de mujeres (Land of Women)* by María Sánchez, which has encouraged the discussion about rural feminism and the traditional forms of representation of the feminine. Thus, this article proposes an approach to the ecofeminist thinking in her work, based on the incorporation of the ethics of care, the creation of affective networks, and the rejection of urban and androcentric hegemonic epistemologies.

KEYWORDS: ecofeminism, rural feminism, ecocriticism, feminist literature, autobiographical essay.



Una aproximación al ecofeminismo

La acuñación del término “ecofeminismo” se remonta al año 1974, cuando la autora francesa Françoise d’Eaubonne alude en su libro *Le féminisme ou la mort* al problema general de la superpoblación como un punto de unión entre las opresiones de género y las violencias ecológicas. D’Eaubonne había detectado la imbricación de los sistemas patriarcal y capitalista en la deriva de la crisis medioambiental, lo que daba cuenta del carácter complejo y relacional de las formas de violencia. La sostenibilidad ecológica, sugería la pensadora francesa, debía pasar por la liberación de la mujer y la consecuente ralentización del crecimiento de la natalidad; su respuesta no podía provenir, pues, de luchas individuales o desconectadas. Como apunta Bárbara T. Gates, d’Eaubonne ponía tempranamente el foco en cómo la tierra era tratada “con la misma falta de consideración con la que se trata a las mujeres” (Gates 171), mediante perversas dinámicas imperialistas, colonialistas y extractivistas; y en la necesidad, por tanto, de un enfoque teórico y crítico de naturaleza multidisciplinar (Carretero 222).

La lógica patriarcal de la dominación ha impuesto históricamente los modos de relación con el entorno. Lejos de haberse mitigado, esta actitud etnocéntrica ha perdurado en el paradigma cultural dominante hasta el presente, derivándose sobre la Tierra consecuencias biofísicas de derivas aún impredecibles. Desde distintos ámbitos del saber, se ha venido apuntando la certeza del fin del periodo Holoceno, que habría transitado desde el inicio de la agricultura y la expansión de la civilización hasta la Modernidad, en un lapso de 12.000 años marcados por la estabilidad de las temperaturas globales (Davis, 2008; Fernández Durán, 2011; Arias Maldonado, 2017). Por oposición a esta era *interglacial*, la nueva etapa geológica estaría definida por la asimilación de la humanidad como motor biofísico y por la tendencia general al calentamiento, así como por el desequilibrio en las condiciones climatológicas y medioambientales. La elección del término Antropoceno pondría, de este modo, el énfasis definitivo en la incidencia de la actividad humana sobre el planeta Tierra, lo que habría acarreado el acoplamiento de los sistemas sociales y naturales (Arias Maldonado 16), alterando crucialmente los sistemas ecológicos y geomorfológicos. Las consecuencias de esta injerencia humana tienen que ver con el cambio climático global, pero también con la tendencia acelerada a la urbanización, la industrialización de la agricultura, la pérdida de la biodiversidad, la destrucción



descontrolada de ecosistemas o la disminución de los espacios naturales vírgenes. Así, se trataría de los frutos de una enorme fuerza de carácter antropogénico, producida y amplificadas por un sistema fundado en el crecimiento y en la acumulación de capital.

La aceptación de la responsabilidad climática como acción derivada de las prácticas del capitalismo y el patriarcado se sitúa en el centro de interés del ecofeminismo, que se inserta, en gran medida, en lo que Maristella Svampa consideró el “giro ecoterritorial”. El análisis trasciende los conflictos de género para indagar en una reflexión más extensa sobre cómo los modos de comportamiento tradicionalmente asociados con lo masculino sustentan nuestra incapacidad de habitar la Tierra como seres ecológicos. Consiste, como expone Carmen Flys, en dejar a un lado las cuestiones unívocamente feministas “en pos de una búsqueda de algo mucho más trascendental, como replantear lo que significa ser humano, y cambiar nuestra ubicación dentro del sistema planetario” (Flys 92). No se trata de teorizar en detrimento de la epistemología de género, ni de debilitar los cauces de pensamiento ecologista, sino de reforzar ambos dominios en la ardua tarea de construir una sociedad más sostenible y justa.

En este sentido, el ecofeminismo habría de alejarse de posturas biologicistas o esencialistas al aludir al sujeto-mujer, con el fin de integrarse en una problematización más compleja de nuestra supervivencia como especie y de nuestros modos culturales de relación y apropiación de los espacios. Algo similar señalaba Rosemary Radford Ruether (204), al referir como aspiración última del movimiento el logro de una reeducación colectiva de la mirada, que lograra transformar la visión hegemónica del mundo mediante la adopción de otro sistema de valores, con objeto de orientar la salida de colapso hacia la ética del cuidado, el desarrollo sostenible o el respeto a los pueblos indígenas y las formas de vida no-humanas.

Pese a la extraordinaria heterogeneidad de los planteamientos ecofeministas, es preciso acudir a algunos de los rasgos generales planteados por Karen Warren (83-86) como propios de la epistemología: entre ellos, la vocación anti-esencialista y contextualista, sujeta históricamente a cambios y contradicciones ideológicas; la apertura a la pluralidad y la inclusión de discursos multiculturales; la revalorización de la ética del cuidado como forma radical de ecología social; o la resignificación de la categoría de subjetividad. Estas virtudes harían de esta filosofía un camino luminoso para la sustitución del imaginario hegemónico,



en el camino hacia una respuesta ética, crítica, dialógica y solidaria a la naturaleza y fundada no solo en la razón –sin perjuicio de ella–, sino también en la emoción, la intuición o el conocimiento imaginativo.

El concepto de “geografía del género” puede ayudarnos también a arrojar luz sobre buena parte de las producciones culturales de creación reciente. Ya desde los años 80, el rótulo es definido como la variante de la geografía “que examina las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman no solo los lugares donde vivimos, sino también las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres” (Little et al. 2). La geografía feminista supondría, así, la creación de un marco de pensamiento amplio para reinterpretar la forma en que las relaciones de género operan sobre el espacio, la naturaleza y el paisaje. La desigualdad de la mujer y la lógica patriarcal de apropiación simbólica y material de los pueblos se entienden como factores explicativos de buena parte de las problemáticas geográficas específicas, tanto locales como globales. Desde este prisma, el territorio se convierte en un espacio fundamental de articulación de identidades; y el análisis de sus coordenadas, en una forma radical de exploración de los límites de la subjetividad, en tanto que la destrucción de las relaciones culturales con el territorio, como apunta Fernández Guerrero, supone una “desterritorialización de la identidad” (Fernández Guerrero 11).

Ecofeminismo y feminismo rural

Dentro del marco diverso y polivalente del ecofeminismo, el estudio de las relaciones de género en la ruralidad y en los entornos naturales ocupa un lugar privilegiado. Manuel Castells y Jordi Borja refieren el momento presente como una etapa global de urbanización generalizada y otean el futuro como un tiempo en el que “las áreas rurales formarán parte del sistema de relaciones económicas, políticas, culturales y de comunicación organizado a partir de los centros urbanos” (Borja y Castells 11). Esta aceleración en los procesos urbanizadores es fruto de las obligadas migraciones del campo a la ciudad, frecuentes en todo el mundo durante el siglo XX y especialmente abruptas en el caso de España; y ha sido agravada de forma notable por los efectos de la revolución tecnológica informacional y la globalización económica y comunicativa. En este sentido, la



deriva ruralista de buena parte de las producciones culturales, artísticas y filosóficas de estos años se habría constituido como una suerte de estética de la resistencia, freno a la consideración de la ciudad y las zonas urbanas como creadoras únicas de sentido.

Pero, si como apunta María Xosé Agra, el ecofeminismo aporta elementos interesantes y útiles de problematización de los dualismos (Agra 20), ¿cómo seguir manteniendo, a nivel estratégico, la oposición entre campo y ciudad? La creciente disolución ideológica de las fronteras entre los espacios campesinos y los ciudadanos haría cada vez más compleja una definición de lo rural, teniendo en cuenta, además, que ni el campo ni la ciudad son instancias monolíticas ni categorías esenciales o reductibles. El mundo rural, subrayan Ferré y Salamaña, es heterogéneo y dinámico y, en gran medida, dependiente de la “representación social” (103) y la construcción colectiva. El feminismo del rural gestiona, pues, al mismo tiempo, esta incapacidad nominal de aludir a una única forma de ruralidad o de oponerse taxativamente a los espacios urbanos y la atomización de la teoría feminista, derivada también de la imposibilidad de seguir apostando por la retórica binaria. Sería más conveniente, por lo tanto, hablar de feminismos rurales, en el sentido de prácticas poliédricas y, con frecuencia, contradictorias, que se vehiculan a partir de la comprensión de los espacios de la ruralidad como zonas políticas de resistencia frente al pensamiento urbano y patriarcal dominante.

Frente a un discurso feminista mayoritariamente articulado desde el marco de la ciudad, las mujeres rurales han puesto el énfasis en la normatividad que el mundo simbólico que habitamos impone a las relaciones sociales, más allá de la dicotomía del espacio público y el privado. Los entornos campesinos, regidos, en sus dinámicas, por unas lógicas particulares y generalmente silenciadas, proyectan también sobre el género unas estructuras distintas y propias de desigualdad. La urgencia de que sean estas zonas quienes produzcan sus propios relatos y teorías, “rehusando ser apenas ayudantes o complementos en la construcción de la historia” (Gebara 19), y la transformación de la cultura patriarcal que ha saqueado e instrumentalizado ideológicamente el campo constituyen algunas de las líneas de fuga principales de sus, por lo demás, disímiles postulados políticos. El feminismo rural se funda, por tanto, en la interrogación acerca de quién ha narrado tradicionalmente los modos de vida de las mujeres del campo, oprimidas de forma doble por el discurso único masculino y por los esquemas epistemológicos y relacionales únicos de la urbanidad. Esto



mismo se plantea María Sánchez en su obra: “¿Cómo devolverles la voz y la palabra que siempre han tenido pero que no ha sido escuchada ni tenida en cuenta? ¿Cómo involucrarlas en nuestras historias si en nuestro lenguaje y nuestra narrativa no han tenido cabida como protagonistas nunca?” (Sánchez 37).

Quizá a este respecto podríamos aludir a la ética del cuidado como uno de los marcos principales de articulación del feminismo rural. Entendida también como una forma radical de ética ecológica, el cuidado se formula como un modo de comportamiento igualitario, compasivo y solidario no solo con el ser humano, sino también con la naturaleza y los animales. Esta relación dialógica operaría como un cambio de paradigma en la relación con el entorno, a partir de la reivindicación de “valores tradicionalmente (aunque no exclusivamente) femeninos, como el cuidar, nutrir o mostrar afecto” (Flys 93). Frente a la “mirada arrogante” (Marilyn Frye) masculina, propia de la estrategia general de dominación del otro, la ética del cuidado pone el énfasis en los sentimientos y las emociones. La “mirada afectuosa” no entiende la otredad –ya sea animal, humana o natural– como un objeto de conquista, sino que “reconoce la diferencia e independencia del otro y pretende llegar a conocerlo, entenderlo y apreciarlo” (Flys 94) en su diversidad.

***Tierra de mujeres* de María Sánchez, una propuesta ecofeminista desde la ruralidad**

Tierra de mujeres (Seix Barral, 2018) ha alentado el debate sobre los roles que desempeña lo femenino en las problemáticas propias del mundo rural. El ensayo, de vocación autobiográfica y fundado en la ética del cuidado, hace visibles las tareas y los relatos de las mujeres del campo, al mismo tiempo que aborda las principales urgencias políticas y climáticas de estos entornos: la despoblación, la explotación masiva de los recursos naturales, la precarización e industrialización de los trabajos o los debates sobre ganadería extensiva. El elocuente subtítulo, “Una mirada íntima y familiar al mundo rural”, pone ya de relieve su vinculación, no solo profesional, sino también afectiva con los entornos campesinos. La obra comienza con un reconocimiento de los relatos rurales como modo de “narrativa invisible”, siguiendo el sintagma de la autora portuguesa María Gabriela Llansol, quien subrayaba que el cuidado de la naturaleza y las rutinas del campo encarnaban una forma de creación y de diálogo con la tradición: “Para Llansol, su jardín de Herbais, su



casa en el exilio, en el que pasaba tantas horas cuidando las plantas mientras leía, o simplemente sentada, contemplando, era su narrativa invisible” (Sánchez 17). La comprensión del medio rural y sus costumbres como narrativa invisible pone el foco también en lo que el conocimiento y la memoria del medio tienen de construcción ficcional o de puesta en relato.

Partiendo de esta idea, la obra se concibe como una recreación crítica de los espacios de la ruralidad, alentada por destellos familiares de la infancia de la autora y desde la voluntad política de quitarle a estos paisajes “sombra y polvareda” (Sánchez 17). Los acontecimientos del pasado, como la muerte de los abuelos, los viajes en familia o las fotos hogareñas, le sirven a Sánchez para vertebrar una reflexión general sobre los usos y tradiciones del campo, en una suerte de “memoria poética” lorquiana, desde la certeza de que es la especie humana “la única que puede hacer consciente, revelarse a sí misma, los recuerdos que integran su propia historia con la naturaleza” (Toledo y Barrera-Bassols 13). Esta memoria rural, lastrada por el sistema capitalista y la urbanización del territorio, se sitúa en el cruce entre el afán de preservación de lo cultural y de lo biológico e intenta, pues, remontar la invisibilidad de estos parajes.

La elección del género del ensayo como cauce expresivo principal no es azarosa. Las escrituras ecológicas más recientes habían sido mayoritariamente asimilables desde el prisma de la novela, pese a que tradicionalmente había sido la no-ficción la que había gozado de mayor reconocimiento científico y ecocrítico (Flys 184). Frente a las novelas rurales establecidas como vehículo convencional de pensamiento en torno a la naturaleza o el imaginario ecológico, María Sánchez se decanta por el ámbito poético y el ensayístico, géneros quizá menos marcados por la mediación urbana. No obstante, el ensayo trasciende la mera aproximación impersonal o académica, para situarse en el territorio fronterizo de la escritura del yo o la autobiografía. Ello dificulta, quizá, su comprensión única como un ensayo al uso, pero hace de la obra un artefacto de mayor proyección colectiva, en el sentido en que, como exponía Paul de Man, la autobiografía arraiga en “la necesidad de desplazarse de la cognición a la resolución y a la acción, y de la autoridad especulativa a la autoridad política y legal” (Man 114). No se trata, pues, de la mera exposición y argumentación de ideas, sino también de un testimonio íntimo y emotivo de la relación entre la autora y el medio rural.



En este sentido, aunque el ámbito de escritura de la ecoficción continúe siendo un dominio de extraordinario interés para la indagación en el cruce entre lo cultural y lo ecológico, lo cierto es que parece necesario ampliar su esquema conceptual con objeto de comprender la escritura ecológica en un sentido más extenso y no exclusivamente circunscrito a la ficción. El dispositivo novelístico, pese a ser el vehículo de expresión dominante en el paisaje editorial contemporáneo, no agota, desde luego, todos los cauces de exploración de la estética ecológica. Así, el híbrido de ensayo y autobiografía que plantea Sánchez se convierte también en una producción valiosa desde el punto de vista ecocrítico al reformular nuestra relación con el medio rural tomando como referencia la experiencia personal.

Tierra de mujeres se articula a partir de dos partes principales, precedidas por una introducción y compuestas cada una, a su vez, por diversos capítulos o epígrafes: la primera parte adopta un tono más político o sociológico, enarbolándose en sus páginas una defensa férrea del papel activo y transformador de las mujeres rurales en el medio y de la urgencia de resignificar el vínculo entre el campo y la ciudad; la segunda parte, por el contrario, adquiere un cariz más sentimental y familiar, al abordar, desde la perspectiva de la ética del cuidado, la historia de la tatarabuela, la abuela y la madre de Sánchez. Además, el ensayo intercala diversas citas de otros autores (de *La Biblia* a García Lorca, pasando por John Berger), fotografías tomadas por la autora e imágenes de manuales de anatomía y botánica.

La escritura feminista ha estado marcada, en los últimos años, por la búsqueda creativa de genealogías no canónicas. La carencia de modelos o referentes femeninos en la historia de la cultura ha constituido uno de los lugares principales de problematización ideológica para las teorías del género. En este sentido, trabaja también María Sánchez. A esta voluntad de reparación se une, en su caso, la urgencia de visibilizar una genealogía periférica y disidente: la de las mujeres no urbanas, cuyos relatos han permanecido ajenos a los centros del poder por la “violencia epistémica” (Spivak, 2010) o el “colonialismo discursivo” (Mohanty, 2008) de la ciudad. De aquí parte su reconocimiento como primera mujer veterinaria de la familia, tras varias generaciones de profesionales varones. De esta forma, su propuesta ética se materializa en una estética de la resistencia, en el sentido en que la oposición desde el campo a las estructuras epistémicas urbanas y androcéntricas opera como freno a la lógica de la dominación:



Los libros entre los que crecí, todos esos apuntes y manuales de consulta con los que pasé tantas horas en la biblioteca, guías de animales y de aves, todas esas novelas, esos cuentos y esos poemas, todos, prácticamente en su totalidad, escritos por el mismo sexo. Todos aquellos a los que admiré y seguí: científicos, ecologistas, pensadores, veterinarios, pastores, agricultores, jornaleros, ganaderos, conservacionistas, divulgadores, todos ellos, todos, absolutamente todos, hombres. (Sánchez 20)

Si atendemos a la noción de “ética del cuidado”, quizá sea más elocuente la segunda parte del ensayo, en la que Sánchez reconstruye la historia de su tatarabuela, su abuela y su madre, trazando una analogía afectiva con elementos de la naturaleza: el alcornoque, el huerto y el olivo. De este modo, la autora cordobesa inicia un proceso de reconciliación íntima con sus raíces, a partir del reconocimiento de su lenguaje y de la incorporación de recuerdos de la infancia que habían sido desdeñados desde la mentalidad urbana:

Pienso mucho en la primera mano que sostuvo la mía. En esa geografía mamífera y caliente, invisible, de cuidados y apego, que siempre ha estado ahí pero que ha pasado en silencio, llevando demasiadas cosas a cuestas, tendiéndose hacia los demás, sin mirar por ella misma. Esa mano que me ayudó a crecer sin miedo a caerse ni a mancharse, a pesar del tiempo que he pasado sin verla ni reconocerla. (Sánchez 126)

María Sánchez proyecta una imagen del rural sustentada en la conservación de los lazos comunitarios, la solidaridad entre mujeres, la sostenibilidad ecológica y la convivencia con el resto de formas de vida naturales. En este camino, la labor más importante del feminismo y de la ecología pasa quizá por reconocer la radical diferencia entre las lógicas relacionales, los tiempos, las distancias y los ritmos de la vida urbana y la campesina. Esta “mirada afectuosa” conlleva entender las especificidades políticas del campo desde un interés igualitario y no prejuicioso ni paternalista, conscientes de este lenguaje de la habitabilidad en los márgenes. La ética del cuidado, subraya Sánchez, supone también una reflexión sobre el lugar que ocupan las mujeres en los sistemas productivos, agrícolas y ganaderos, del medio rural, pese a que, en el imaginario colectivo, estas zonas sigan siendo percibidas como masculinas (Sánchez 74). Así, la urgencia de que las políticas agrarias empiecen a emprenderse desde una perspectiva de género y la necesidad de acabar con la explotación laboral en el campo, especialmente en el caso de las mujeres migrantes, se convierten en dos de las reivindicaciones principales del ecofeminismo rural: “Nuestros campos están llenos de mujeres migrantes que son víctima de abusos y explotación. Las fresas que comemos vienen manchadas de machismo, acoso y desigualdad” (Sánchez 79).

¿Quién es el que cuenta la historia sobre nuestros márgenes? ¿Quiénes son los que escriben sobre nuestro medio rural? Y a pesar de que siempre sean los mismos los que escriban sobre nosotros, a



través de sus trabajos, sean imágenes, libros, artículos o simples comentarios, la luz se sigue colando porque existen los fragmentos, los saltos en el paisaje, las fisuras. (Sánchez 88)

Dado que los relatos del campo han sido mayoritariamente narrados por voces urbanas, Sánchez reivindica una producción ruralista nacida y arraigada dentro de sus propios límites. La circunstancia de la despoblación se ha abordado, por lo general, tanto política como culturalmente por representantes masculinos y ciudadanos, en una dinámica de apropiación discursiva habitual desde los contextos privilegiados. Esta construcción ideológica urbana, a partir del discurso de la alteridad, surge como una forma de comprensión del nosotros con base en modelos y axiologías externas. El acercamiento al medio rural está mediado, pues, por la alteridad de las imágenes urbanas, un hecho que también señalaba Sergio del Molino al alertar sobre el tratamiento del campo en los medios de comunicación: “Cuando las aldeas de la España vacía salen en los periódicos nacionales siempre es en la sección de sucesos. Toda la información que recibimos de estos sitios, cuando la recibimos, es negativa” (Molino 95). Así, frente al espacio yermo y carente de puntos de arraigo que con frecuencia proyectan los altavoces más mediáticos, la autora enarbola la defensa de un medio rural sólido, *vinculativo* y tierno, de imágenes luminosas:

Todos necesitamos algo a lo que aferrarnos. Un sitio al que pertenecer, algo de lo que formar parte. Yo me agarro al huertecito de mi abuela Carmen. Con su cancela verde y sus paredes gruesas de cal. Al girar su calle, se intuye desde arriba. (Sánchez 156)

Este fragmento de *Tierra de mujeres* puede servir a modo de síntesis de múltiples de las ideas del ensayo: la urgencia de materializar un nexo social, significativo y duradero con el rural desde la comprensión radical de sus códigos; la recuperación de una memoria poética familiar como forma de resistencia política; la reivindicación de la ética del cuidado como lógica vertebradora del comportamiento en los pueblos, en lugar de la violencia o la criminalidad; y, por último, la proyección de una imagen vital, alegre y sostenible de los espacios de lo agro, más allá de la idealización condescendiente y de la oscuridad tremendista. Para Haraway, la clave en la salida de la crisis ecológica consistía en la generación de parentesco o redes de afecto entre los humanos y el resto de formas de vida: esta voluntad suponía tejer redes “en líneas de conexión ingeniosas como una práctica de aprender a vivir y morir bien de manera recíproca” (Haraway 19). En este sentido, escribe también Sánchez en las líneas finales de *Tierra de mujeres*: “Crear un vínculo y cuidarlo. Esa es la única manera de que nuestro medio rural no desaparezca y siga existiendo” (185).



En suma, se trata de ser conscientes, como apuntaba Haraway (19, 20), de la urgencia colectiva de “generar problemas, suscitar respuestas potentes a acontecimientos devastadores, aquietar aguas turbulentas y reconstruir lugares tranquilos”; o en definitiva, de plantear las estrategias para la construcción de un futuro seguro y *vivable*.

Conclusiones

A tenor de esta lectura, emprendida desde la óptica de la geografía del género, la ecocrítica y el ecofeminismo, podemos referir algunas conclusiones. En primer lugar, debemos reivindicar el marco del feminismo interseccional como un espacio epistemológico complejo y comprensivo, que tiene por fin atender a la naturaleza relacional y dialógica de las formas de opresión. El capitalismo ha causado en el último siglo el agravamiento de las desigualdades entre las zonas urbanas y las rurales, provocando, como subrayan Borja y Castells, “migraciones difíciles de soportar por las ciudades y que hacen aún más pobres a las zonas rurales” (Borja y Castells 370). También, el sesgo androcéntrico y urbano de cierta mirada al campo ha obstaculizado un análisis complejo sobre el papel de la mujer en los espacios campesinos. En un sistema económico fundado en la acelerada urbanización e industrialización de los espacios naturales, las formas de vida de la ruralidad constituyen una estrategia activa de resistencia, marcada por la reflexión polimórfica en torno al género y por la proyección de escenarios alternativos más sostenibles e igualitarios.

Por último, el ensayo autobiográfico *Tierra de mujeres* de María Sánchez constituye un momento de inflexión en el seno de la tendencia neorrural a la que asistimos en los últimos años, al potenciar el nexo entre género y territorio mediante la ética del cuidado, al fomentar la posibilidad de una memoria poética rural y al reivindicar los lazos entre mujeres como una forma superior de imaginación política contrahegemónica.

Bibliografía

AGRA, María Xosé. “Introducción”, en *Ecología y Feminismo*. Granada: Ecorama, 1997.



- ARIAS MALDONADO, Manuel. *Antropoceno. La política en la era humana*. Barcelona: Taurus, 2017.
- BORJA, Jordi, Manuel CASTELLS. *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus, 2004.
- CARRETERO, Margarita. “Un nuevo plato en el menú de las humanidades ambientales: los estudios veganos”, en *Humanidades ambientales. Pensamiento, arte y relatos para el siglo de la gran prueba*. Madrid: Libros de la Catarata, 2018.
- DAVIS, Mike. *Bienvenidos al Antropoceno*, en: Sin Permiso, 2008.
- D’EAUBONNE, Françoise. *Le féminisme ou la mort*. París: P. Horay, 1974.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón. *El Antropoceno. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*. Bilbao: Virus Editorial, 2011.
- FERNÁNDEZ GUERRERO, Olaya. “Cuerpo, espacio y libertad en el ecofeminismo”, en *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 27, (03), 2010.
- FERRÉ, Mireia Baylina, Isabel SALAMAÑA “El lugar del género en geografía rural”, en *Boletín de la A.G.E*, 41, 2006: 99-112.
- FLYS, Carmen. “Las piedras me empezaron a hablar: una aplicación literaria a la filosofía ecofeminista”, en *Ecofeminismo/s: mujeres y naturaleza*. Centro de Estudios sobre la Mujer: Universidad de Alicante, 2013: 89-112.
- GATES, Bárbara T. “Una raíz del ecofeminismo: *écoféminisme*”, en *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*. Madrid y Fráncfort: Iberoamericana / Vervuert, 2010.
- GEBARA, Ivone. *Intuiciones ecofeministas: ensayo para repensar el conocimiento y la religión*. Madrid: Editorial Trotta, 2010.
- HARAWAY, Donna. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Editorial Consonni, 2019.
- LITTLE, Jo et al. *Women in cities. Geography and gender in the urban environment*. Basingstoke: MacMillan, 1988.
- MAN, Paul de. "La autobiografía como desfiguración.", en *Suplementos Anthropos*, 29.1, 1991: 113-118.



MOHANTY, Ch. “Bajo los ojos de Occidente. Feminismo académico y discursos coloniales”, en *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid: Cátedra, 2008.

RUETHER, Rosemary Radford. *New Woman, New Earth. Sexist Ideologies and Human Liberation*. New York: Seabury Press, 1975.

SÁNCHEZ, María. *Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural*. Barcelona: Seix Barral, 2018.

SPIVAK, Gayatri. *Crítica de la razón poscolonial. Hacia una crítica del presente evanescente*. Madrid: Akal, 2010.

TOLEDO, Víctor, Narciso BARRERA-BASSOLS. *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Vol. 3. Barcelona: Icaria, 2008.

WARREN, Karen. *Filosofías ecofeministas*. Barcelona: Icaria, 2003.